

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO II.

MADRID 1.º DE AGOSTO DE 1873.

NUM. 47.



REGAÑAR CUANDO ESTÁS CONTENTO.

PARABOLAS DE LA NATURALEZA.

IV.

REGAÑAR CUANDO ESTÁS CONTENTO.

*De la abundancia del corazon
habla la boca.*



eran dos gatitos muy lindos.

La misma madre los habia lamido un sin número de veces, les habia dado la misma comida, los habia criado en la misma casa, y los habia imbuido en las mismas lecciones y los mismos consejos; y sin embargo, ¡qué diferencia habia entre los dos!

Nunca hubo dos gatitos de cualidades tan opuestas como estos. La una tenia un corazon franco y amable, que no pudiendo contenerse en su gozo, lo manifestaba en seguida á todo el mundo; el otro casi nunca se franqueaba; jamas dejó escapar espresion alguna, aunque estuviese lleno de contento y alegría. Posible sería que su madre tuviese en parte la culpa de esto, porque ella siempre daba ejemplo de taciturnidad á sus hijuelos; casi nunca regañaba, y las pocas veces que lo hacia, era en voz muy baja. Pero en ella esto era muy excusable, porque habia tenido muchas aflicciones.

Los gatos por lo regular experimentan bastantes disgustos. ¡Sus gatitos se roban la comida uno á otro tantas veces! Y luego cuando está la gente desocupada, los hace correr por toda la casa; los niños les causan daño, azu-

zan los perros tras ellos, lo cual los molesta mucho. De manera que es cosa bastante rara el que alguna vez se hallen contentos.

Sin embargo, el hecho de que ellos no tuviesen gana de regañar jugando, no era razon para pensar que fuesen tontos y torpes, y que por esto no quisiesen hacerlo cuando se hallaban gozosos. La madre meditaba sobre esto, y siempre habia pequeñas camorras entre ella y su juguetona hija sobre este punto.

Cada mañana, por ejemplo, cuando el lindo niño de la casa traia á los gatitos un plato de leche como almuerzo, habia siempre querella, porque ántes que estuviese el plato en el suelo, la señora gatita estaba allí con la cabeza erguida y la cola alta cantando á voces; mientras el señorito gato, al contrario, comia sin decir una palabra! Y si dando alguna expansion á su ánimo hablaba algo, lo hacia en voz tan baja, que nadie podia oirle sino poniendo los oidos sobre su piel para escuchar.

A este último modo de obrar le llamaba la madre mantenerse en su dignidad y en el respeto de sí mismo; así pues, fácil es adivinar el enfado que le causó el proceder de su hija que obraba de un modo contrario.

«Miserable criatura,» decia á la pobrecita que despues de la comida se puso una vez á jugar delante de la chimenea, «¡porqué haces tanto ruido en todas ocasiones? ¡Porqué te rebajas siempre á dar gracias á la gente por

lo que ellos hacen por tí, cómo si tú no lo merecieses y no tuvieses el derecho de esperarlo? ¿No tienen obligación de darte de comer y lumbre para calentarte? ¿Qué vergüenza seria si ellos te dejaran sin comida ó lumbre! Yo me ruborizo al ver que das gracias á cada momento por cualquier bagatela. Haz por tener un sentimiento de dignidad más pronunciado y dejarte de tanta lisonja.

«Mira tu hermano de qué manera tan diferente se porta: todo lo toma como la cosa más natural del mundo y tiene bastante dignidad para contener los sentimientos que experimenta; por eso lo respetará más la gente. Nuestros amigos sienten más interes por nosotros cuando no están ciertos de que estamos contentos. Pero tú con tus eternas acciones de gracias pronto serás desgraciada. ¡Ten un poco más de respeto por tí misma, te ruego! ¿En qué vendrá ya á parar la estimacion de sí mismo si siempre nos ponemos á jugar cuando estamos contentos?»

La señorita gata no comprendia muy claro lo que su mamá le decia, sin embargo, sospechaba alguna cosa muy mala hasta el punto de sentirse horrorizada de sí misma, temiendo haber hecho algo para causar tal desgracia. Hizo mil esfuerzos por retener su dignidad, salvar el respeto que se debia á sí misma en las terribles y desconocidas pruebas que la esperaban, y no regañar más jugueteando.

¡Pero todo en vano! Tan pronto

como sucedia alguna cosa que la causaba gozo, se estremecia involuntariamente, empezaba á saltar de alegría, y ya estaba en un nuevo conflicto. Las tentaciones eran infinitas, porque la prima hermana del niño, pálida, quieta y silenciosa, tomaba segun costumbre, á la señorita gata en sus brazos y la acariciaba en seguida durante largo rato. ¿Cómo evitar las demostraciones de alegría y contento?

Y si el niño sujetaba una concha al extremo de un cordon, y despues suspendia este de uno de los costados de la mesa, de manera que los gatitos pudiesen jugar con ella saltando á su gusto, ¿cómo era posible no manifestar su gozo cuando la concha se balanceaba ante sus ojos, convidando á dar saltos? Y cuando no otra cosa, siempre estaban sus mismas colas para correr tras ellas dando vueltas, y la gracia era irresistible y bien merecia un cántico.

(Se continuará.)

EL PESCADOR.

Dionisio, que era un chico lugareño, fue en cierta ocasion á robar un pez á un estanque que habia cerca de la aldea. Metió el brazo como pudo y empezó á remover el agua.

¡Ah! dijo al fin, hoy he cogido un gran pez; creo que es una anguila. Sacó el brazo del agua y vió que tenia asida una gran culebra. El susto que llevó fue tan grande, que dió un grito de espanto y arrojando la culebra al agua, quiso escapar. En este instante

advirtió que se hallaba junto á él el pescador Jacobo, que le dijo: «Esta vez te vas á ir con doble susto y acuérdate toda tu vida de la máxima que dice: *El mal que hacemos siempre se castiga.*»

EL EMPERADOR ALEJANDRO DE RUSIA Y LA BIBLIA.

Cuando la Rusia fue amenazada el año 1812 por los franceses, todo el mundo estaba consternado ménos el príncipe Galizin. Sus amigos sorprendidos de esto, «tal vez,» se decian, «se ha hecho traidor.»

Imposible: su fidelidad nunca fue dudosa. El príncipe creyó de su deber en aquel momento decisivo hacer conocer al emperador la roca importante en que fundaba su calma en el peligro, y pidió una entrevista.

Le fue concedida y el primer asunto de la conversacion fue el enemigo que se aproximaba.

A consecuencia de esto, y en relacion con ello, se habló la conducta del príncipe. El emperador le preguntó, qué era lo que le hacia permanecer tranquilo en medio del espanto general. El príncipe sacó una pequeña Biblia de su bolsillo, y la presentó al emperador. En el momento mismo en que este iba á tomarla en su mano, cayó la Biblia al suelo y se abrió en el Salmo 91: «El que habita al abrigo del Altísimo, morará bajo la sombra del Omnipotente; diré yo á Jehová: Esperanza mia, y castillo mio, mi Dios, en él confiaré.»

«¡Oh, si vuestra Majestad buscara

este refugio!» dijo el príncipe cuando hubo leído estos versículos del Salmo.

Ordenóse un dia de oracion general. El sacerdote que habia de predicar tomó para texto del sermón el Salmo 91. El emperador sorprendido preguntó al príncipe si habia recordado la circunstancia acontecida durante su conversacion con él, pero el príncipe le aseguró que no habia hablado con persona alguna sobre aquel suceso.

Algun tiempo despues, cuando el emperador pudo disponer de algunos momentos y sintió la necesidad de un confortamiento espiritual, mandó llamar su capellan con el objeto de oír leer en su tienda de campaña algunos capítulos de la Biblia. El capellan comenzó con el Salmo 91. «Detenéos,» dijo el emperador, «¿quién os ha mandado leer esto?»

«Dios,» contestó el capellan.

«¡Cómo!» exclamó Alejandro.

El capellan contestó sobrecogido de miedo: «Cuando vuestra Majestad mandó por mí, rogué de rodillas á mi Dios que enseñara á mis labios lo que debian hablar en vuestra presencia. Yo comprendí al momento que se me indicó por el Señor la parte de la sagrada Escritura que he principiado á leer. Por qué me ha interrumpido vuestra Majestad, no sé.»

La consecuencia de esto fue un cambio notable en la conducta del emperador y un gran celo manifestado para la propagacion de la Sagrada Escritura.

NUESTRO PAN DE CADA DIA DÁNOSLE HOY.



EL VERANO.

Bendito sea tu nombre,
Bendita, Señor tu mano;
Con las mieses del verano
Das vida y sustento al hombre.

Por Tí brota la semilla,
Y rompe la dura tierra;
Por Tí los granos que encierra,
Multiplica á maravilla.

En Tí espera el labrador
Cuando abre el surco el arado;
Al ver el fruto dorado,
A Tí da gracias, Señor.

Tú sus graneros bendices,
Tú su esposa y casto lecho;
Y bajo el rústico techo
Duermen sus hijos felices.

PARABOLAS DE LA NATURALEZA.

IV.

REGAÑAR CUANDO ESTÁS CONTENTO.

(CONTINUACION.)

Sin embargo, el hermano gatito se

escedía muy pocas veces de esta manera, lo cual le extrañaba mucho. Así fue que un día la señorita gata, encontrándose sola con él, más alegre que prudente, le preguntó sin miedo: «¿Por-

qué no regañas y juegas cuando te hallas contento?» como si fuese la cosa más natural del mundo. Al pronto pareció algo sorprendido, pero por fin respondió: «Madre dice ser cosa tan imbécil, que yo no puedo ménos de avergonzarme. Además (dijo despues de una pausa,) no quisiera ciertamente que me hablastes de eso, pues hasta parece que me causa sofocacion. Pero, no lo digas á la madre, porque ¡me rebajaría de tal modo á sus ojos! ¡Le gusta tanto que uno mantenga su dignidad!»

Si la madre gata hubiese oido estas palabras puede ser que se hubiese asustado algo al ver semejante resultado de sus lecciones; pero ella estaba en una dichosa ignorancia de que su hijo era influido por alguna otra cosa que por sus consejos. Y aunque parezca estraño, ella habia experimentado algunas veces esta misma sofocacion.

Mas por fin llegó cierto cambio en sus vidas. Un dia, su amigo, el lindo niño, venia saltando de gozo por la cocina, donde dormian la gata y sus hijos. Seguía á aquel su pálida, quieta y silenciosa prima, tan tranquila y callada como siempre.

El chico corrió en seguida hácia los gatitos, tomolos juntos en sus manos, puso el uno sobre el otro por gracia y dijo á la niña: «Primita, nos van á regalar los gatitos: dime ciertamente cuál te gusta más. ¡Temo tanto que tú no te atrevas á escoger cuando te in-

terroguen! Además, si yo tengo que elegir no sabré cuál te gustará más. Y yo quiero que tú poseas el que más te agrade. Con que dímelo ántes.»

«¡Oh! los dos me gustan,» respondió la niña en el tono sosegado é indiferente con que hablaba por lo general.

«A mí tambien,» replicó el niño, «sin embargo yo sé el que me gusta más, y tú debes saberlo tambien pero no quieres decirlo. Me gustaria mucho saber si quieres tener un gatito,» dijo mirando á la niña descolorida. Despues poniendo los gatitos junto á su cara para besarlos, dijo en voz muy baja: «Primita, ¡cómo me agradaria si pudiese leer en tu semblante cuándo estás contenta! ¡Mira! Dirige una sonrisa al que te guste más cuando pase. ¡Quiéres este?—una vez—solamente esta vez...»

Todo fue en vano. Pasó los gatitos por delante de ella uno despues de otro, enseñándola sus colores; pero siempre decia que los dos le gustaban; y naturalmente que le gustaría tener un gatito. Por fin, él no sabia qué hacer y dejó de preguntar.

Es muy sensible para algunas personas el que sus amigos no quieran manifestar cuándo se hallan contentos.

Así fue que cuando los dos niños se marcharon juntos de la cocina, el chico estaba muy triste, aunque no podia decir porqué.

Entónces justamente sucedió lo que él esperaba, la eleccion entre los dos gatitos fue ofrecida á la niña; pero en vez de aceptarla como un favor, dando

gracias y alegrándose como debía, no quiso decir más, sino que los dos le gustaban y le era indiferente poseer cualquiera de ellos. Al verla, nadie hubiera pensado que deseaba tener un gatito.

¿Cómo era que ella no advertía lo tristemente que su tía la miraba, con un sentimiento mucho más fuerte que el que podía causarle el desprenderse del gatito? Pues no lo advertía.

La tía replicó: «bien, puesto que te importa poco, el chico debe elegir.» Al oír esto el pobrecito se puso colorado de rubor y después de buscar otra vez en vano los ojos de su primita para ver alguna señal que indicase cuál le gustaba más, tomó repentinamente la señorita gata y acariciándola dijo: «Pues yo elijo esta. Me gusta mucho más que el otro porque regaña y juega cuando está contenta.»

A su vez la niña tomó el señorito gato y le dió un beso con mucho agrado, pero se marchó sin decir una palabra.

(Se concluirá.)

NO TOMARAS EL NOMBRE DEL SEÑOR

TU DIOS EN VANO.



y Jesus!» gritó el joven Antonio á su amiguito José á quien halló en el camino un día; «¡estoy tan fatigado, tan rendido de cansancio y de calor! he tenido que traer para mi padre á la

estacion de N. un bulto tan enorme, ya ves, es una distancia tan larga y por este camino tan lleno de polvo y con el sol que hace: ¡ay Dios mio! chico, no puedo ya más.»

«Pues mira, ven, ven aquí y siéntate á descansar un poquito sobre este banco, donde gracias á las frondosas ramas de esos árboles se está perfectamente á la sombra,» dijo José; «pero hijo, ¿no puedes quejarte sin profanar el nombre sacrosanto del Señor que pones tantas veces en tus labios?»

«Por Dios, que no te entiendo, amigo mio;» contestó Antonio sentándose al lado de su compañero.

«Quiero decir,» dijo José, «que haces muy mal en invocar el santo nombre de Dios y de Jesus, así por cualquier cosilla.»

«Pero hombre, ¿qué es lo que dices?» exclamó Antonio, «eso lo hacen todos á cada instante; no hay apenas hombre ni mujer que yo conozca que no lo diga mil veces todos los días.»

«Y aunque todos lo hicieran ¿qué importaba? no por eso seria una buena costumbre,» contestó José; «pero yo puedo asegurarte que no todos hacen eso. Mi padre y el director de nuestro colegio jamas pronuncian palabras semejantes.»

«¿Y porqué no lo dicen?» gritó riéndose Antonio; «pues no son malas esas palabras, que yo sepa, muy al contrario.»

«A mi padre siempre le he oído decir, que es un pecado el pronunciar-

las así,» dijo muy sériamente José; «es contra el mandamiento de Dios.»

«Pero tú me hablas en enigmas,» exclamó sorprendido Antonio; «¿cómo ha de ser pecado?»

«Pues qué, ¿acaso no conoces tú, Antonio, los diez mandamientos contenidos en la Biblia?»

«Nunca he leído la Biblia,» replicó Antonio, «pero he oído hablar de ella.»

«Pues yo,» observó José, «la leo diariamente en el colegio y allí he aprendido de memoria todos los diez mandamientos.»

«¿Y qué son esos mandamientos?» preguntó Antonio á su compañero.

«Escucha pues,» dijo José. «Tú sabes que los israelitas con su conductor y jefe Moises, siervo de Dios, marchaban á través del desierto en direccion á la tierra santa, cuya posesion les estaba prometida. Acampados al pie de la montaña del SINAI, vieron salir de ella llamas de fuego y escucharon la voz de Dios que les hablaba y les daba diez mandamientos. Pues bien, el tercero de esos mandamientos, quiero repetírtelo, es: «*No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano*, porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre *en vano*.» ¿Lo has entendido?»

«He oído tus palabras, sí,» replicó Antonio; «pero francamente, no entiendo lo que me quieres decir con ellas; ignoro por completo lo que sea «tomar el nombre de Dios en vano.»

«El director del colegio,» continuó diciendo José, «me ha explicado ese pa-

saje, y me ha dicho que esas palabras significan pronunciar el nombre de Dios ó el de Jesus con ligereza, sin cuidado, sin veneracion, sin respeto, como lo hacen desgraciadamente muchos de nuestros paisanos. Reflexiona ahora, Antonio, si Dios es el Creador del Universo, el que puede matar ó dar la vida, el que castiga á los impíos, ¿no debemos temblar de miedo al repetir su nombre sacrosanto, ni mas ni ménos que si fuera el nombre de algun compañero, de algun camarada nuestro?»

«¡Ay! nunca ántes de ahora habia pensado en eso,» exclamó Antonio; «mas creo que tienes mucha razon.»

(Se continuará.)



Reparad con qué paciencia
El niño Buenaventura
Le dá leccion de lectura,
A su hermanita Inocencia.





oras
Dios
do,
ha-
ues-
An-
Uni-
r la
;no
r su
énos
om-
ro?»
abia
nio;
on.»

MUERTE DE ESTÉBAN.

(HECHOS 6. 7.)

Carísimos, no os maravilleis cuando sois examinados por fuego, lo cual se hace para vuestra prueba, como si alguna cosa peregrina os aconteciese. (1.ª Pedro 4, 12.)

Cuando los primeros discípulos de los apóstoles iban multiplicándose, se suscitó una queja de los griegos contra los hebreos porque no se hacia caso de sus viudas en el servicio diario, (es decir, en las reparticiones de alimentos ó de dinero que se hacian.) Por esta razon, los doce convocaron á todos los discípulos, y les dijeron: «No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, y sirvamos á las mesas. Buscad pues, hermanos, siete varones de vosotros de buen testimonio, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, los cuales pongamos en esta obra. Y nosotros persistiremos en la oracion y en el ministerio de la palabra.»

Pareció bien esta propuesta á todos los que estaban presentes, y nombraron á Estéban, varon lleno de fe y de Espíritu Santo, y á otros seis, y los presentaron á los apóstoles, quienes despues de haber orado, pusieron sobre ellos las manos.

Estéban, rico de fe y de potencia, hacia grandes prodigios y milagros entre el pueblo. Y como algunos judíos se hubiesen levantado, para disputar con él, y no pudiesen resistir á la sabiduría y al espíritu con que hablaba,

se irritaron, y sublevando al pueblo y á los ancianos, se echaron sobre él, y le llevaron al concilio. Y presentaron testigos falsos que dijesen: «Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra el lugar santo y la ley. Porque le hemos oido decir, que Jesus de Nazaret destruirá este lugar, y mudará las ordenanzas que nos dió Moises.» Entónces, fijando en él los ojos todos los del concilio, vieron su rostro resplandeciente como el rostro de un ángel.

Procedió, pues, el sumo pontífice á interrogar á Estéban diciéndole: «¿Es esto así?» Y Estéban les habló de las cosas grandes y maravillosas que Dios habia hecho por el pueblo de Israel y de la continua rebelion de ese pueblo contra la voluntad divina, y concluyó con estas palabras: «Duros de cervíz, é incircuncisos de corazon y de oidos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así tambien vosotros.»

Al oir estas cosas ardian en ira sus corazones y crugian los dientes de despecho contra él. Mas Estéban estando lleno de Espíritu Santo y fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba á la diestra del Padre, y dijo: «Hé aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está á la diestra de Dios.» Entónces clamaron todos en alta voz, y habiéndole arrojado fuera de la ciudad, le apedearon. Y los testigos depositaron sus vestidos á los pies de un mancebo que se

llamaba Saulo. Miétras apedreaban á Estéban, él oraba, diciendo: «Señor Jesus, recibe mi espíritu.» Y puesto de rodillas clamó en alta voz: «Señor, no les imputes este pecado.» Y dicho esto, durmió en el Señor.

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun su grande misericordia nos has regenerado en esperanza viva, por la resurreccion de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos. 1.ª Pedro 1, 3. 4.

PARABOLAS DE LA NATURALEZA.

IV.

REGAÑAR CUANDO ESTÁS CONTENTO.

(CONCLUSION.)

Trascurrió una semana y aunque los niños acariciaban sus gatitos, nunca habian vuelto á discutir la cuestion de á cuál de los dos querian más, porque cierto encogimiento se habia apoderado de ambos sobre este punto desde el día en que se habia hecho la eleccion.

Pero al fin de la semana, en una mañana hermosa, hallábase el niño montado sobre el caballo de su papá, y la niñita sola en casa, cuando su tia entrando repentinamente en el gabinete, vió que aquella se hallaba de rodillas cerca del sofá llorando silenciosa sobre la señorita gata, miétras ésta regañaba muy fuerte y el gatito dor-

mia tranquilo delante de la chimenea.

Esta niña tan pálida y silenciosa era huérfana ya hacía dos años. Su padre y madre habian muerto en pocas semanas, y ella habia estado desde este tiempo hasta pocos dias ántes en la casa de su curador, quien, aunque casado, no tenia hijos y era más severo y bien intencionado que afable y simpático; de manera que primeramente con la tristeza y luego con el miedo, todo unido á un carácter naturalmente tímido y poco comunicativo, ella se habia encerrado sin darse cuenta de ello en una especie de armadura defensiva de abnegacion que hasta ahora ni la tia, ni el tio, ni el mismo amable primito habian podido romper.

Tuvieron sin embargo paciencia hasta que por fin llegó el tiempo en que el ejemplo de la señorita gata enseñó la moraleja. Apoyada la niña en los brazos de su tia y con el sentimiento de cariño penetrando poco á poco en su corazon, aislado hacia ya tanto tiempo, ella confesó que habia sido infeliz en secreto porque era muy triste acariciar á un gatito que jamas daba á entender cuándo se hallaba contento.

¡Cualquiera persona puede figurarse cuánto agradó despues ver la niñita con color en sus mejillas sonriendo, con las lágrimas todavía en los ojos, pensando qué parecida habia sidó ella misma al gatito que no espresaba su gozo! ¡Cualquiera persona tambien

puede calcular con cuánto gozo el amable primo insistió en el cambio de gatitos al instante y ella tomando la señorita gata para sí! ¡Y cómo luego él se puso con valor á obligar al señorito gato á regañar, quisiera ó no; y cómo poco á poco á fuerza de atenciones delicadas y comiditas sabrosas y apretándole cuidadosamente las orejas, él condujo al animal á tal punto de complacencia que los temblores de su garganta eran perceptibles á la vista y al tacto!

En verdad era una compañía muy gozosa; porque despues que el señorito gato tomó á la señorita gata por su amiga y compañera, se volvió tan afable y afectuoso, que le era imposible evitar el mostrar sus sentimientos de mil maneras graciosas y agradables. Hasta la misma madre gata cambió tambien poco á poco, tal vez porque vió que sus gatitos no le eran robados. Quizá tambien porque el candor de la señorita gata entraba en su corazon como un sentimiento de consuelo. ¡Quién sabe!

De todos modos ella dejó de reprenderle y no solamente miraba sus juegos, sino que algunas veces tomó parte en ellos. Y si ni ella ni su hijo regañaban tan fuertemente como sus amigos, la razon sin duda consistia solamente en la sofocacion de la garganta.

La niña descolorida afirmó que habia sentido algo muy semejante en los dos anteriores años tristes en que su buena tia la habia tratado de consolar.

Despues siempre iba hácia ella cuando queria decir lo que sentia.

Tal vez hay siempre una cosa sofocante en la garganta cuando la gente no manifiesta que está contenta.

¡Así lo esperemos!

NO TOMARÁS EL NOMBRE DEL SEÑOR TU DIOS EN VANO.

(CONTINUACION.)

«Me alegro mucho, amigo mio,» dijo José, «y puesto que te reconoces, quiero contarte sobre esto alguna cosilla más que nos ha dicho el director del colegio. Hablando de cosas frívolas y ligeras con sus amigos un caballero, acostumbraba repetir con demasiada frecuencia el santo nombre de Dios; este caballero tenia á su servicio un esclavo negro, muy piadoso por cierto, que cada vez que oia aquel nombre, se inclinaba profunda y reverentemente, lo cual llamó la atencion de su amo hasta el punto que hubo de preguntarle un dia al ver aquel ademan respetuoso: «¡Hombre, por qué haces eso?» «Señor,» contestó el pobre negro, «porque me infunde una reverencia tal el oír pronunciar ese santo nombre que francamente no puedo escucharlo sin dar seña tal de adoracion y de respeto.» Su amo al oír de un pobre esclavo semejante respuesta, sintió que el carmin de la vergüenza sonrojaba sus mejillas, haciéndole comprender todo lo grave de su profanacion, y desde entónces nunca jamas pronunció ya ese divino nombre sin recordar las palabras de su esclavo.» *(Se concluirá.)*

A UN PAJARILLO.



Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vilé tan congojado
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que el cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento;
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;

Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Mas sonoro volvía;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama
Parece que decía:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía,
Y que le respondía
El rústico: *No quiero.*

(ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS.)

NO TOMARÁS EL NOMBRE DEL SEÑOR TU DIOS EN VANO.

(CONCLUSION.)

«¿Y es lo mismo,» preguntó Anto-

nio, «cuando pronunciamos el nombre del Señor Jesús?»

«¿Pues no ha de ser?» replicó José.

«Jesus es el Hijo unigénito de Dios, que hizo el mundo (Juan 1. 3), y mi director me lo ha mostrado en la Sagrada Escritura; y á propósito, mira, aquí está también en mi pequeño Testamento. ¿Quieres que te lea lo que San Pablo dice acerca del nombre de Jesus?»

«Sí, lee, lee,» contestó Antonio.

José abrió su Testamentito, prenda para él muy apreciada, y que habia recibido del director del colegio, como premio á su aplicacion y recompensa por su ejemplar conducta, y leyó lo siguiente de la carta de Pablo á los Filipenses: «*Por lo cual* Dios le dió un nombre que es sobre todo nombre; para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla de los que están en los cielos y de los que están en la tierra y debajo de la tierra; y que toda lengua confiese que Jesus es el Señor para la gloria de *Dios Padre.*»

«¡Oh! qué palabras tan hermosas y sublimes!» exclamó entonces Antonio.

«¿Y no te parece, amigo mio, en vista de esto,» dijo José á su compañero, «que debemos pronunciar ese nombre con grande amor y respeto? Recuerdo,» añadía, «que en una ocasion nuestro director dijo á unos niños que usaban tambien esas espresiones: «Niños, ¿pensais cuando pronunciais ese santo nombre en lo que ese buen Salvador ha hecho por nosotros? ¿Pensais en que ha bajado á la tierra, fue enclavado en una cruz por nosotros, ahora se halla en el cielo; intercediendo, como

sacerdote eterno, en la presencia de Dios y que un dia todos los muertos escucharán su voz y resucitarán? Si pensais en estas cosas, es imposible que pronuncieis con ligereza su nombre.» Y entonces nos hizo aprender un cántico hermosísimo que decia: «¡Cuán grato el nombre de Jesus siempre al creyente fue!» Y despues nos ha dicho el director: si creemos verdaderamente en El no podremos repetir su nombre sino con amor y con respeto.»

«Jamás habia sabido estas cosas,» dijo Antonio; «no quiero ya en adelante repetir esos nombres sacrosantos con ligereza y descuido; pero me temo que me olvide alguna vez.»

«Mi padre me ha dicho,» observó José, «que no lo olvidaremos si cuidamos de pedir frecuentemente á Dios que nos conceda su Espíritu Santo, que infundido en nuestros corazones nos dará una reverencia y respeto profundísimos hácia el nombre sacrosanto y venerando de nuestro Dios y Señor.»

Antonio prometió solemnemente á su amigo implorar la ayuda de Dios, para con ella vencer su funesto hábito y triunfar de su mala costumbre.

¿Y no hareis otro tanto vosotros, queridos amiguitos?

LOS CUATRO ELEMENTOS.



«Yo quiero ser jardinero,» decia Felipe, cuando tuvo catorce años y habia de aprender un oficio. «Es

tan agradable estar siempre entre lo verde y entre las flores.» Poco tiempo habia pasado cuando vino diciendo que le dolia mucho la espalda de bajarse tanto para cortar yerbas, y que no queria ser mas tiempo jardinero.

Entónces se dijo Felipe: «Seré cazador; estar siempre en el bosque es una vida muy feliz.» Mas poco despues abandonó el oficio, porque decia que se pasaban muchos frios.

«El mejor oficio es pescador, estar en la barca, no cansarse, sacar las redes con peces, es muy agradable.» Pronto se le pasó la alegría y dijo que se mojaba mucho las manos y se le helaban en el invierno.

«Quiero ser cocinero; ser cocinero es mucho mejor que ser cazador, pescador y jardinero.» Mas pronto se arrepintió porque dijo que se estaba derritiendo por el calor que se sentia cerca de los fogones.

El padre de Felipe no quiso que su hijo empezara el aprendizaje de ningun oficio por quinta vez; sino que le dijo muy sério: «Si quieres vivir en paz tienes que aprender á sufrir todo lo que la gente te diga y todo lo que pueden hacerte padecer los cuatro elementos; entónces verás que al que quiere vivir en paz nunca le faltará un buen oficio.»

Felipe obedeció á su padre y cuando venian sus compañeros quejándose que no podian con el trabajo, les decia:

«El puesto que Dios nos concede es siempre el que más nos conviene.»

EL TORDO.

El cazador Guillermo tenia un tordo muy domesticado que hablaba algunas palabras. Cuando decia el cazador, «tordo, ¿dónde estás?» siempre contestaba, «aquí estoy.»

Un vecino del cazador tenia un hijo que se llamaba Carlos, á quien gustaba mucho el tordo, y todos los dias le hacia una visita. Una vez que fue Carlos á ver al tordo, no estaba el cazador en su habitacion, y aprovechando la ausencia, cogió el tordo y se le guardó en un bolsillo para marcharse con él. En el mismo momento entró el cazador en la habitacion, y como sabia que al chico le gustaba oír hablar al tordo, dijo: «Tordo, ¿dónde estás?» Y el tordo le respondió desde el bolsillo de Carlos; «aquí estoy,» con lo que se descubrió el hurto.

Por mucho cuidado que se ponga para evitar las consecuencias del mal que hacemos, no deja nunca de descubrirse el verdadero culpable.

EL CORDEL.



os chicos mendigos, Juan y Antonio, encontraron en la calle un cordel viejo y regañaban por cual se lo habia de llevar. Juan tenia el cordel asido por una punta y Antonio por la otra, tirando cada uno á fin de que el otro soltase. Con estos es-

fuerzos se rompió el cordel y ambos cayeron sobre el barro.

Un hombre que por allí pasaba dijo: «Así sucede á los aficionados á disputar; por cualquier cosa insignificante empiezan á regañar y los resultados son fatales.»

Las disputas solo producen disgustos.

UN NIÑO BUENO.



Ved á Juanito,
Tan gracioso,
Tan natural
Y tan coloradito
Como el coral.

Limpio, lavado
Y peinado
El niño va;
Como le fue mandado
Por su mamá.

Ni perezoso,
Ni fastidioso,
Ni torpe es,
Sino fiel, cariñoso,
Vivo y cortés.

Sin tropezones
Da las lecciones,
Dice verdad,
Sufre las reprensiones
Con humildad.

Y cada día
Con alegría
Bendice á Dios,
Que por Cristo le guía
Del bien en pos.

¡Oh lectorcito!
Como Juanito
Sé tú tambien;
Y vivirás bendito
De Dios. Amen.

REFRANES.

La conducta de los otros es el eco de la nuestra.

El enemigo apercebido medio combatido.

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número, ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física é Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID:—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.